

DESDE EL UMBRAL DE UN SUEÑO

POR

LEOPOLDO PANERO

Al conmemorarse el vigésimo aniversario de la muerte de Antonio Machado, la revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (en cuyo índice sobresale el número extraordinario dedicado, hace años, a su memoria) tributa su homenaje de recuerdo a los dos hermanos, Antonio y Manuel Machado, grandes poetas españoles, publicando los poemas de Leopoldo Panero que van a continuación.

ANTONIO

*Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.*

*Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.*

ANTONIO MACHADO.

Racimo el corazón, lagar el verso:
hilillo tenue de estrujado mosto;
palabra entretejida
de surcos, viento, polvo.

El hilo se adelgaza
(ya no es aquel arroyo,
aquel hervor de primavera y júbilo
trepando del terrón húmedo y hondo).

... Se adelgaza, se quiebra,
se detiene de pronto,
igual que en la garganta
la copla: ya se ha roto.

Ya se ha roto el rocío
matinal; ya del potro,
la juventud bravía,
tiró al jinete y a su verso mozo.

Ya estamos... (¿Dónde estamos?)...

Un poeta,

limpia el cristal atónito
donde echa su mirada, como un vaho
de viñas y olivares silenciosos.

¿Conoce o rememora? ¿Busca a tuestas
la luz de España en su paisaje propio?
... La letra, con pasión de solitario,
ara, rasga el papel desnudo y poco.

¡E igual que la esperanza de su padre
buscó lejanamente, en él, apoyo,
y le vió en la penumbra adivinada
(pegada casi la palabra al rostro),

piadosamente su cabeza cana
recuesta en lo más sólo,
en lo más de verdad y transparente
que hay en su corazón: allá en su fondo!

... Por los dolientes campos de Baeza
(que empañan las distancias con su soplo),
don Antonio pasea, ríe, canta,
hacia lo más andado y más remoto.

... Se ve a sí mismo como el viento oscuro
en el agua del río; y en su hombro
la juventud caída el paso alarga
con alado rumor y perezoso.

Ya es viejo: ya, de cerca,
nada ve con sus ojos.
Pero la lejanía no ha cambiado,
y el agua habla con él, y canta el chopo.

Como un niño (vestido de persona
mayor, para el periplo sin retorno),
don Antonio pasea, canta, ríe,
y avanza por su celda como un loco.

Le sorprendió la guerra
huracanadamente, y en su pozo,
las apagadas aguas se agitaron
tras las cuatro paredes de su insomnio.

Le sorprendió la guerra que él llevaba
—¡como todos nosotros!—
latiendo oscuramente: germinando,
ya echada la raíz, ya ciego el odio.

Segovia lenta, Soria ¡tan distante!;
los trenes, caminando como topos,
por debajo del tiempo y de la nieve;
la charla de Manolo...

... Ahora que ya en Colliure
le cerca el mar (su otro,
su otredad misteriosa),
completando su ser, de novia a novio;

y que hablan en la espuma
los pájaros en torno
levantando el silencio
con sus alas y hoyos,

y que aún errante duerme
sin encontrar su suelo de reposo,
como en casa de huéspedes nocturna,
soñando el Alto Espino en paz con todos,

tan diáfano le vemos
como en el vaso el poso
después de haber bebido:
—Leonor, Leonor...

—Antonio.

... Y MANUEL

*No importa la vida, que ya está perdida;
y después de todo, ¿qué es eso, la vida?...
Cantares...
Cantando la pena, la pena se olvida.*

MANUEL MACHADO.

Poblado a solas por las mil palabras,
que son o no son bellas,
que verso son o prosa
(según como se mire, dicho hubieras),
pienso en ti, en lo delgado
de ti, en lo delgadísimo que era
tu cantar: escogiendo, rechazando,
por el son de la cuerda,
el llanto o la sonrisa,
el desdén o la pena,
el hogar o la calle en tu camino,
hasta oír la ternura y casi verla.

Pienso en ti, y en tu clara
lección, de vida hecha...

Tu verso, dialogado
o hablado (porque espera
contestación parece dialogado;
y porque nada afirma y todo prueba),
dice bien lo que quiere
acompañar, e igual a todos llega:
al que lo aprende de memoria, y canta,
o al que lo olvida en la memoria buena,
rimando, sin saberlo, cualquier día,
su nuevo amor con tu palabra vieja.

... Cuando hablo de tu verso, bien lo entiendes,
hablo del que es mejor y más te lleva,
y de la noche hablo
que su brazo te dio de compañera.
Pienso en tí, y en tu fina
lentitud espectral (mitad presencia
y mitad lejanía),
y en tus manos que hablan hasta quietas,
moviendo el aire claro de Sevilla
con la rubia cabeza,
y acendrando el sosiego,
noble, de la invitada calavera.

... Don Manuel enlutado
(vestido por la guerra),
cantador solitario
(más hablando hacia adentro que hacia fuera),
en el Madrid atónito de un día:
así hoy mi voz velada te recuerda.

Así mi voz velada,
y así de oscura la guitarra suena,
y hay palabras en nudo,
y hay palabras tirantes y que tiemblan,
y que se oyen con sólo
rozarlas, casi a ciegas.

Don Manuel enlutado, erguido el porte,
dibujado el semblante por la espera,
ojos de hastiado príncipe,
aún con luz matinal de primavera,
de la mano de Eulalia
(con su debilidad por toda fuerza),
desandando el camino,
tomando el sol que la bondad calienta
tras el balcón cerrado de los días,
y la cita de Antonio que se acerca.

Así mi voz velada,
y así la soledad que canta en ella,
y el estupor del último
clavel desnudo en la solapa negra.
¡Ay la melancolía de los límites!
¡Ay la delgada charla que se queda
ronca de madrugada,
al volver de la calle, un día cualquiera!

Leopoldo Panero.
Ibiza, 35.
MADRID